







HACIA LA MORADA DE LOS DIOSES

Al funcionario chino que guardaba la frontera tibetano-nepalí en Zhangmu no le gustó mi mapa. No es correcto, arguyó antes de arrebatármelo. Con toda seguridad la incorrección era debida a que en el papel incautado se denominaba Tibet al territorio situado al norte de Nepal al que pretendíamos acceder. Sólo es un mapa, pensé entre contrariada y perpleja. Haciéndome cargo de la imposibilidad e inutilidad de tratar de discutir sobre el tema seguí

adelante sin poder disimular un fastidio que poco después iría desapareciendo entre las sinuosas curvas de la estrecha carretera que trepa a lo largo del poco agraciado pueblo fronterizo en la Carretera de la Amistad.

Las dos noches en Nyalam fueron de perros. De manadas de perros que, inmisericordes, se afanaban en ofrecer conciertos de ladridos a cualquier hora en sesiones que parecían no tener fin. El pueblo se había vuelto feo. Había un pequeño núcleo antiguo con casas tibetanas que tenía su encanto. Pero las nuevas construcciones chinas, carentes de toda gracia, se levantaban desordenadamente rodeando el primitivo enclave hasta ahogarlo totalmente. Como guinda al pastel encontramos un enorme y espantoso edificio del ejército a cuyas puertas la alegre soldadesca formaba entonando entusiásticos himnos varias veces al día.

Saga me pareció aun más fea: una ciudad sucia que crecía descontroladamente. La calle principal, flanqueada por pequeños restaurantes y karaokes, tenía el piso levantado por obras. Pasar por allí suponía un grave riesgo de desaparecer cayendo en alguno de los grandes agujeros o romperte la crisma tropezando con los hierros que sobresalían entre el cemento. El riesgo se agravaba sensiblemente con la nocturnidad, como los delitos, ya que el brillo de la iluminación era precisamente su ausencia.

Al cabo de unos días la ruta nos premió y pudimos contemplar la cima del Shisha Pagma. Nos detuvimos junto a un pequeño lago para disfrutar un rato de la cumbre nevada que emergía entre las nubes. Su belleza nos resarcía un poco –bastante- de los desastres urbanísticos con los que nos habíamos topado las últimas jornadas.

Y por fin el KAILASH. Nos estábamos acercando al lago Manasarovar cuando pararon nuestros vehículos. Observamos a uno de los conductores besar la tierra cuando se apeó. Era el primer lugar en el trayecto desde el que se podían divisar al mismo tiempo los dos lugares sagrados: el lago Manasarovar y el monte Kailash, la sagrada montaña que alberga el nacimiento de los cuatro grandes ríos del subcontinente indio: el Indo, el Ganges, el Sutlej y el Brahmaputra. La montaña en la que habitan los dioses para los que profesan las religiones budista, hinduista, jainista y bon. En la lejanía la nevada y hermosa cumbre se abría paso en un cielo nublado y quise creer que los espíritus que moran en lo más alto nos invitaban a acercarnos. Al caer la tarde acampamos a orillas del lago.

Con el nuevo día comprobé con alivio que no había sido un sueño; el Kailash seguía allí, quieto, imperturbable, destacando la blancura de su magnífica pirámide en un cielo que ya era completamente azul.

Durante cuatro días rodeamos a pie el lago Manasarovar. El lago más venerado en el Tibet, creado por la mente divina, dicen, en cuyas aguas, según la leyenda, se bañó Maya, la madre del Buda, antes de concebir a su hijo.

La gonpa de Sera Lung marcó el inicio del camino. Agitadas por el viento las banderas de oración miraban hacia el azul cobalto del agua.

Un fuerte granizo nos sorprendió atravesando una llanura entre matorrales de hierba, sin más amparo ni techo que el mismísimo cielo. Caminábamos tratando de cubrirnos la cara para

evitar el impacto de los minúsculos trocitos de hielo que se clavaban como agujas en la piel. En veinte minutos llegamos a la gonpa de Trugo. Ya salía el sol. En un gran charco se reflejaba la humilde fachada ante cuya puerta se arracimaba un grupo de peregrinas tibetanas. Había mujeres de tres generaciones, todas con largas trenzas negras que iban tornándose grises en las de mayor edad.

En algún momento de la circunvalación al lago nos encontramos con los restos de lo que había sido el monasterio de Nyego hasta los días de la Revolución Cultural. No quedaba en pie más que algún muro maltrecho. Sólo el pétreo corazón de las pizarras y los cantos rodados había podido resistir los embates de la intolerancia. Formando una gran elipsis, montones de piedras mani permanecían firmes en un desafío al despropósito. Expuestas al viento y al sol lanzaban sus plegarias entre el silencio y la maleza.

El monasterio de Gossol parecía colgar de los riscos que se alzaban junto al camino. Era el final de la etapa del día y levanté la mirada hacia la gonpa con un punto de desesperación. El empinado sendero no era largo pero sí exigente. Mereció el esfuerzo. Encontramos una sala profusamente decorada con preciosas pinturas de Buda. Y la vista sobre el lago era soberbia con las últimas luces de la tarde.

Las noches eran húmedas junto al lago y se dormía escuchando el ruido del agua chocando contra la orilla, siempre bajo la protección del Kailash al norte y del Gurla Mandhata, una blanca mole de 7.728m. , al sur. Las tardes eran tranquilas, placenteras. Junto a las tiendas de acampada era el momento de leer, charlar y observar a los peregrinos que seguían su camino impulsados por una fe que, si bien me era ajena, no dejaba de inspirarme una confusa pero cálida emoción.

Nos despedimos del lago bajo la mirada del monasterio de Chiu. Encaramado sobre una escarpada colina ofrecía una vista magnífica del Manasarovar, aunque ese día (ya se sabe, la felicidad nunca es completa) las nubes impedían contemplar las dos grandes montañas , Kailash y Gurla Mandatha, que en un día claro se podían ver desde allí. Alrededor del monasterio montones de piedras mani, entre cráneos y cuernos de yaks, elevaban mantras al cielo mientras el viento sacudía las incontables banderas de oración que llenaban de color la yerma colina. Un hombre de edad indefinida, arrebujado en una amplia chuba de color ocre, con la mirada perdida bajo su sombrero hacía girar un molinillo de oración; permanecía sentado al abrigo del viento, adosado a los montones de piedras, como formando parte del paisaje.

Debajo del monasterio quedaba el pueblecito de Chiu. Bajamos por un empedrado camino y atravesamos un tambaleante puente casi a ras del río para llegar hasta el conjunto de casitas separadas por callejuelas de tierra y polvo, donde apenas encontramos gente. Varias hileras de botellas de cerveza vacías, reposando en la repisa de una ventana delataban que, en algún momento, gente había y, además, bebía cerveza. Pasado el pueblo, junto a la carretera, había un establecimiento de baños con aguas termales. Un destartado edificio de una planta albergaba seis espartanos cubículos recubiertos de azulejos desconchados donde una gran cuba de madera ocupaba prácticamente todo el espacio. Era tan alta que había que subirse en una baqueta para poder meterse dentro. Encima de la cuba sobresalía un grifo que expelía un generoso chorro de agua caliente. Disfruté del baño pensando que por muy sagradas que

fueran las aguas del lago mis maltrechas lumbares iban a agradecer más la inmersión en ese líquido caliente.

DARCHEN era el punto de partida de la kora del Kailash. Un pueblo absolutamente prescindible si no fuera el comienzo y el final del peregrinaje. Una sucia localidad llena de tiendecitas, pequeños restaurantes y complejos de habitaciones para peregrinos donde es necesario sellar los permisos de viaje y de trekking al llegar.

El sueño se hizo esperar en la poco acogedora habitación que compartí con otras tres mujeres en un incómodo hostel de la zona sur de la población.

El día llegó tirando a gris. Había que recorrer la larga calle que asciende, atravesando el pueblo, hasta llegar al punto de inicio de la kora.

En una hora se llega a Tarboche y su gran poste de banderolas y poco después encontramos el Chorten Kangnyi, profusamente decorado con banderitas de oración cuyo arco cruzamos como hacen los peregrinos confiados en que les aportará buena suerte.

Desde allí se podía contemplar magnífico y cercano el sagrado Kailash.

Caminé prácticamente sola durante toda la mañana. El camino era evidente; no había más que seguir a los peregrinos. Me gustó encontrarme con mis pensamientos y con las gentes que descansaban, sentadas a las orillas, con las cuentas del rosario temblando entre sus dedos. Intercambiaba con ellos sonrisas y el Tashi delek. Sentí que era bien acogida y me invadió una enorme, tierna, casi infantil, satisfacción. Encontré mucha gente mayor, algunos casi ancianos; andaban lentamente, apoyándose en sus bastones con una mano y haciendo girar los molinillos de oración con la otra. Vestían largas chubas y cubrían la cabeza con sombreros o viseras. Las joyas de las mujeres brillaban al sol. Eran peregrinos budistas. Algunos hacían el camino postrándose en el suelo a cada paso con los brazos extendidos hacia delante. Protegían sus manos con guantes de cuero o unas tablas de madera. Cuando se ponían en pie juntaban las manos en actitud orante antes de volver a caer de bruces. Una y otra vez... Estos debían de ser bastante jóvenes; pero aun así me impresionó el grado de devoción -y obviamente de resistencia física- que debía de tener aquella gente.

Los peregrinos hinduistas hacían el camino montados a caballo. Hacían su parikrama por devoción a Shiva que habita en la montaña. Iban en grupos de cinco o seis vistiendo anoraks del mismo color, acompañados de un nativo que hacía el camino a pie y varios yaks que portaban su equipaje. Guardaban silencio, arrebujados en sus cálidas ropas, impresionados sin duda por el frío de la meseta tibetana tan desconocido en sus lugares de origen.

Algunas personas, muy pocas, caminaban en dirección contraria. Debían de ser fieles de la religión Bon que circunvalaban la montaña en sentido contrario a las agujas del reloj.

Atravesé un larguísimo valle, dejando a mi izquierda el minúsculo sendero que serpenteaba hasta el monasterio de Chuku, encajado en la ladera como una pieza de puzle.

A primera hora de la tarde llegué a una explanada donde se levantaban dos grandes tiendas de color negro, hechas con pelo de yak. Dentro de la tienda ardía una estufa que conseguía caldear agradablemente la estancia donde se podía descansar y reponer fuerzas. Me hice un hueco en uno de los bancos de madera para tomar un te. A mi lado un grupo de

tibetanos con unos boles de plástico en la mano sorbía ruidosamente los fideos que humeaban encima de los palillos.

Me reencontré con mi grupo e iniciamos el ascenso por el sendero que sube hasta el monasterio de Dira Puk. Llegamos hasta la cueva donde había meditado Milarepa y confieso que ante una imagen de la misericordiosa Tara dejé algunos yuanes con la confianza de obtener algún favor para la acometida del día siguiente. No debía de ser la única en implorar su buena influencia pues los dedos de la diosa estaban llenos de billetes. En las terrazas del monasterio el viento corría descontrolado entre los chortens y las banderas de oración; desde allí pudimos contemplar entre espesas y oscuras nubes la cara norte del monte santo, un gran bloque de piedra negra veteado por manchas blancas de nieve.

Un poco más arriba había un puente para cruzar el río y llegar hasta el lugar donde teníamos que acampar. La tarde se había vuelto negra y en el puente nos alcanzó la lluvia. Llovía con ganas. Aproximadamente 25 minutos nos separaban de nuestro campamento. Tiempo suficiente para llegar totalmente mojados. Encontramos las tiendas levantadas sobre un suelo pedregoso por donde ya corría el agua abundantemente. Arreciaba la lluvia y no parecía sensato pasar la noche dentro de aquellas ligeras tiendas. La suerte nos llevó a ocupar unos cercanos y sucios pabellones que normalmente debían de servir de albergue a peregrinos hinduistas. La lluvia, la altura y la incertidumbre por el día siguiente se aliaron para no dejarme dormir un par de horas seguidas. En el lúgubre espacio, frío y húmedo, escuchando caer el agua sobre el tejado de uralita, esperé el nacimiento del día con una mezcla de ilusión y miedo.

Amaneció frío, triste, oscuro. Pero sin lluvia. Comenzamos a andar temprano. Caminábamos mirando al suelo mientras la niebla se iba tragando el sendero y en el silencio se escuchaban los mugidos de los yaks, apenas unas manchas negras resaltando entre la bruma. En algún momento se movieron las nubes dejándose ver la pirámide del monte sagrado. Esa noche había nevado en las alturas y la cara norte se había vestido de blanco ocultando casi totalmente sus vetas negras.

Tras un par de horas de ascenso llegamos al lugar conocido como Shiva Tsal. Al parecer en este punto los peregrinos deben sufrir una muerte simbólica hasta que se vuelve a nacer al alcanzar la cima del Drolma La. La partida de este mundo se confirma dejando alguna prenda de ropa, un mechón de cabellos o una gota de sangre. Yo me había imaginado el lugar como un vertedero de ropa vieja. Pero no era exactamente así; me resultó curioso contemplar multitud de rocas, grandes y pequeñas, vestidas con chaquetas, bufandas o gorros, diseminadas por la gran extensión del Shiva Tsal. Entre la niebla parecían formas humanas descansando del esfuerzo; pero sólo eran piedras que ocultaban su desnudez gracias a la fe de los caminantes. Seguí andando un tanto sorprendida por aquel extraño cementerio textil.

Ya sólo quedaba el último tramo de subida. Nos esperaba el paso de la misericordiosa Tara, el Drolma La. Alcanzar los 5.630 m. iba a resultarme duro. Subí en silencio. Fundamentalmente porque mi capacidad respiratoria no me permitía hablar durante el ascenso. Pero también porque deseaba vivir sin distracciones el momento, sentir, degustar plenamente la llegada a lo más alto de la kora, a ese lugar tantas veces imaginado, tantas veces soñado. El sendero se perdía a ratos volviendo a aparecer poco después. El aire era gélido y se hacía difícil respirar. Escuchaba mis jadeos mientras me concentraba en poner un pie delante del otro. Así una y

otra vez. Aquí y ahora, me iba diciendo, procurando olvidar la falta de oxígeno, intentando vivir la emoción de alcanzar no solo un collado sino, sobre todo, un sueño.

El DROLMA LA estaba totalmente cubierto de nieve y de banderas de oración.

Respiré profundamente y pude oír mi voz murmurando Ki ki so so laghia lo. En algún lugar había leído que ese era el mantra que se recitaba al llegar a la cima. El autóctono que pasaba a mi lado meneó la cabeza con gesto afirmativo y repitió el mantra, no sé si para confirmar o – más probablemente- para corregir mi pronunciación. En cualquier caso me gustó. Sentí que compartía su emoción aunque no pudiera compartir su credo. Sonreí por dentro y por fuera saboreando ese momento tantas veces soñado de estar en el punto más alto de la kora del Kailash.

Me repetí “aquí y ahora”.

Añadimos unas decenas más al montón de banderitas de oración.

Y nos hicimos las fotos de rigor.

Nada más comenzar el descenso nos encontramos con las aguas turquesas del lago Gauri Kund. Luego la senda bajaba bruscamente hasta alcanzar las verdes orillas del Lham Chu entre las montañas donde se columpiaba la niebla mientras la luz se desvanecía en el valle. Cerca del lugar de acampada había varias tiendas de gentes nómadas y los yaks pastaban en sus alrededores. Leí un par de poemas antes de dormirme y compartí mi saco con la felicidad.

De mañana hubo que cruzar el río. Buscamos el lugar donde el cauce era más estrecho y menos profundo, aprovechando las piedras más sobresaliente. Y aun recuerdo aquella siestecita al sol frente al monasterio de Zutul Puk. Tomamos la frugal colación (manzana, huevo duro y poco más) junto al arroyo que bajaba por el costado izquierdo de la gonpa. Luego nos quitamos las botas y nos tumbamos sobre la hierba. Un monje se acercó a buscar agua. Tenía un aspecto frágil y nos miraba de reojo mientras llenaba su cubo. Le saludamos y nos respondió al Tashi Delek antes de volver con paso vacilante, escorado hacia un lado por el peso del cubo, hacia el pequeño monasterio.

Poco después levantamos el último campamento. Junto a un riachuelo nos afanamos con nuestras abluciones mientras el sol iba desapareciendo lentamente.

No fue un final perfecto. Durante la noche había llovido mucho. Al despertar comprobé con disgusto que había entrado agua en la minúscula tienda y la humedad había alcanzado prácticamente a todo lo que se encontraba en su interior.

Comenzamos a caminar bajo una finísima lluvia. Enseguida nos adelantó una caravana de caballos montados por peregrinos hinduistas. En silencio, embutidos en unos anoraks de color amarillo, apenas se les veían las caras con el gesto contraído por el frío.

Avanzábamos rodeados de una espesa niebla que prácticamente nos obligaba a imaginar el río que discurría un poco más abajo del sendero.

Una roca totalmente cubierta por banderas de oración nos señaló el cuarto lugar de postración. Desde los lugares de postración se debe de ver la cima del Kailash. Sin embargo ese día sus divinos moradores nos negaron esa visión. Los espíritus tendrían sus motivos, supongo...



Poco después divisamos, a lo lejos, las primeras casas de Darchen.

Era mediodía cuando llegamos al pueblo. Nos detuvimos un momento para reagruparnos antes de enfilear la polvorienta avenida que lo atraviesa. Comprobé nuevamente la fealdad de aquel lugar que ya había sentido hacía unos días. Pero en aquel momento, a la vuelta de la sagrada montaña, entre la húmeda bruma gris, me pareció aun más feo y, sobre todo, más triste.

Y ahora qué, me dije a mi misma. Y ahora que, me oí preguntar mientras atravesaba la sucia calle donde el viento agitaba llevando de un lugar a otro polvo, papeles y plásticos, donde manadas de perros sucios y flacos deambulaban buscando comida y pelea, donde nativos y peregrinos iban y venían como haciendo turnos para que el lugar nunca permaneciera vacío.

Y ahora qué, me dije otra vez. Me costaba asumir aquel final para la kora del Kailash. No era un bonito final para el sueño. Hubiera preferido cerrar los ojos y soñar siguiendo la kora. Me resultaba duro admitir que terminara una fría mañana en una sucia calle. Y ahora qué, me volví a preguntar tratando desesperadamente de no abandonar el sueño.

La realidad se mostró práctica y nos acercó a las duchas públicas.

A mano derecha, según se subía por la calle principal, se ubicaba un establecimiento donde, por 30 yuanes, una mujer china de gran tamaño y poca amabilidad ofrecía la posibilidad de devolver el brillo a las pieles de los peregrinos. Había que guardar cola así que, sin otra cosa mejor que hacer en aquel pueblo, nos resignamos a esperar un rato. Cuatro banquetas de plástico alineadas contra la pared junto a la primera puerta de las duchas indicaban la máxima proximidad con el encuentro con la higiene.

La espera fue larga pero en ningún caso aburrida. La estancia que daba paso a las cuatro duchas era vasta y desangelada. Decorada con un gran tocador coronado por un enorme espejo, disponía de una silla donde se iban sentando, a medida que salían de las duchas, los hombres y mujeres (prácticamente todos de India) que se acicalaban entremezclando dulzones aromas de perfumes variados e intensos.

Cuando ya habíamos alcanzado los privilegiados puestos de cabeza en las banquetas de plástico, alguna gente recién llegada intentó colarse con no se qué excusa. Marta y yo dijimos –no recuerdo exactamente en qué idioma– que ni hablar y nos apostamos con nuestras banquetas junto a las puertas a fin de asegurar nuestro turno.

El receptáculo de la ducha, un agobiante antro de calor y vapor, apenas dejaba distinguir la vieja silla donde se podía dejar la ropa y el resto de las pertenencias. Estaban comunicados por la parte superior. Del que quedaba a mi derecha, donde poco antes habíamos visto entrar a un hombre joven, llegaban lo que parecían aullidos de placer que, entre risas, nos llevaron a cuestionarnos si se podrían deber solamente a la satisfacción por el reencuentro con la higiene. Y bueno, quien sabe nada de la medida de los placeres ajenos. Además, convinimos Marta y yo que, en cualquier caso, “de lo suyo gastaba” .

La tarde estuvo desapacible y oscureció rápido. La salida para cenar coincidió con una fuerte tormenta. En unos minutos el agua nos había calado. El viento ponía un acento desagradable. Decidí indultar la cena y volví sobre mis pasos.

Me quité el mojado anorak sacudiéndolo mientras subía las escaleras del hostel. Desde el pasillo me llegó el pestilente hedor de las letrinas antes de entrar al dormitorio compartido

que era todo menos acogedor. Una bombilla desnuda colgaba del techo arrojando una luz mortecina que no conseguía disimular la fealdad de las mantas que cubrían las cuatro camas, mobiliario único de la espartana habitación

Rescaté una tableta de chocolate que atesoraba desde Khatmandú y me encaramé a mi cama. La madera se quejó con un crujido. Apoyé la espalda sobre una almohada de dudosa higiene y me coloqué los auriculares. La música de Ken Zazpi me llegó como un escalofrío. El chocolate pegado al paladar se iba derritiendo lentamente mientras me perdía por alguna otra geografía. Dulce, espeso, iba deslizándose por la garganta. Recordé el mar y sentí frío y ausencia...

El retumbar de un trueno me devolvió a la noche de Darchen. La lluvia golpeaba con fuerza en los sucios cristales. Imaginé la nieve en el Drolma La, imaginé el paso de Tara con las banderas de oración cubiertas de blanco. Tragué el último sorbo de chocolate. Y ahora qué, volví a preguntarme. La pregunta sonaba repetitiva como un mantra que se quedó flotando, sin respuesta, bajo la triste bombilla de la lúgubre habitación.

Fuera la noche era negra y fue larga.

Luego amaneció.

Era Darchen y seguía lloviendo.